



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II      20 de abril de 1889      Núm. 77



LA SILLITA DE LA REINA





## UN RATO DE CHARLA

**C**ADA año, por Semana Santa, en medio de estas ciudades grandes, como Madrid, Barcelona, ó alguna otra en que me he encontrado, echo de menos, más que nunca, el provinciano pueblo en que nací. Allí estos días se celebran con verdadera solemnidad, con imponente silencio; todo al revés de lo que vemos en los centros populosos.

La Semana Santa queda reducida aquí al más extremado *minimum* posible: allá alcanza todo el *máximum* que puede desear un corazón fervientemente católico. Aquí todos son empujones, aglomeración, vocerío, contrasentidos: allí todo es recogimiento, circunspección, respeto, homogeneidad. De fijo á nadie se le ocurriría lo que á cierto *vigilante* de cierta parte, que fué á cobrar la retribución de los vecinos el Jueves Santo por la tarde. Afortunadamente para él, no existe ya la Inquisición.

¡Cuánto recuerdo estos días la Catedral de mi ciudad! Vasta, enorme, pesada, sombría, el concurso, por numeroso que sea, apenas ocupa la décima parte del espacio; ni siquiera la mitad del inconmensurable crucero. Agregad á esto que es románica, con algún poco de gótico de la primera época, tímido aún, y os formaréis idea de lo que debe ser.

Los muros, descarnados, carcomidos, macizos, dan al lugar el aspecto de un sepulcro ciclópeo cavado en la peña viva, de un hipogeo de gigantes. El altar mayor, relicario disforme en su magnitud, desaparece cubierto por un paño negro, y allí, en lo bajo, parpadean con opaca claridad seis cirios ante un crucifijo envuelto en la sombra densa, sólida, diríamos, del anchuroso presbiterio, mientras á un lado arden con macilento resplandor las velas del candelabro de las *Tinieblas*.

Resuena en los ámbitos del templo la melopea grave que entonan los sacerdotes, y refléjanse en las bóvedas altísimas, con ráfagas trémulas de





La región del sueño

rojizos resplandores, las luces que en el coro alumbran á los canónigos que salmodian los versículos de la Escritura.

Las luces del candelabro se apagan sucesivamente, la sombra interior es cada vez más espesa, el silencio imponente.

Cuando sólo queda un cirio, la famosa *Marieta* que dicen allí, la escolania se coloca en el presbiterio y canta con solo acompañamiento de



fagot y contrabajo el *Miserere*, un *Miserere* que yo no he podido escuchar nunca sin estremecerme. Yo no sé quién habrá sido su compositor, pero si me dijese que era Palestrina no me extrañaría. Es un canto lleno de disonancias violentas, jadeante, interrumpido por la salmodia sordamente murmurante del coro, para recomenzar de nuevo con su enérgico rompimiento de acordes semejantes á gemidos hondos ó á súplicas desesperadas. Nada más dramático.

Ya á aquella hora suele haber anochecido. La Catedral yace envuelta en una lobreguez fantástica; todo es sombra; hombres y mujeres semejan espectros silenciosos, vagos. La gente sale á tientas, como si todo el mundo temblase, sin meter ruido; no tarda en estar vacío el templo. Entonces, el que quiere quedarse hasta lo último presencia un extraño espectáculo. Los monagos (siempre retrasados) llegan con las antorchas, que colocan en altos candelabros de hierro en medio de las naves para alumbrar la salida, y al fulgor de aquellas luminarias amarillentas parece animarse, moverse todo; parece que se vea estremecerse las paredes, centellear la espada de San Miguel, brillar las lágrimas que surcan el rostro de la Dolorosa, agitarse las losas de los sarcófagos; y la mente inquieta teme no oír surgir en medio del silencio la voz fulminante de los profetas clamando contra el siglo, ó ver acudir en tropel, saltando de sus altares, los mártires, los virtuosos, los ascetas, las fuertes heroínas, los invencibles soldados de Cristo, para anonadar indignados el vicio encanallado y cobarde de la época. Flotan por el aire invisibles, y perceptibles, visiones; resuenan, quizás puramente dentro de uno mismo, inquietantes rumores; el resplandor de las antorchas palidece, y la Catedral, enteramente idéntica al interior de una tumba infinita, acaba por infundir espanto, y huimos.

Hé aquí unas emociones que no olvidaré nunca y que me es imposible experimentar ahora, entre otros motivos porque ya así que penetro en un templo comienza á disgustarme el encontrarme con el pepitorio ó petitorio, ó como se llame lo con que se topa allí, haciéndole pensar á uno en si lleva ó no dinero.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





## LA MONA DE PASCUA



CUÁNTOS de vosotros estaréis esperando el día de mañana para recibir de vuestros padrinos el tradicional obsequio de la preciosa golosina! Y ¡con cuánta atención habéis contemplado estos días los escaparates de las dulcerías, engalanados con las monas más ídem y apetitosas, verdaderas obras de arte expuestas á vuestra admiración! Por supuesto que todos habréis puesto los ojos en una *mona* entre las demás preferida; pero es seguro también que, si no la obtenéis, todavía ha de pareceros mejor la que recibáis de vuestro padrino. Y es natural que así sea: lo inesperado tiene siempre el atractivo de lo sorprendente, y las sorpresas son lo que más vivamente alegra á los niños.

El origen de obsequiar á los pequeños con *monas* el día de Pascua, deriva del principio de la cristiandad. Por aquel tiempo observábase con rigurosa exactitud el cumplimiento de los preceptos cuaresmales: no tan solamente estaba vedado comer carne y hacer uso de los lacticios, si que también alcanzaba la prohibición á comer huevos. De esta abstinencia resultaba un acopio crecidísimo de ellos, acordándose entonces bendecirlos el Sábado Santo, y al siguiente día de Pascua regalárselos mutuamente las familias más íntimas y allegadas.

A esta costumbre añadióse luego la de teñir los huevos de distintos colores: azul, rojo, verde, amarillo; mandándoles dorar y platear las personas más pudientes. Con los huevos teñidos se formaban preciosas pirámides, las cuales á guisa de ramillete eran ofrecidas á las personas más distinguidas.

Los cristianos consideraban los huevos como símbolo de la Resurrección del Señor: de ahí que los tiñeran de rojo con preferencia á otros colores, como recuerdo de la sangre derramada por el Salvador.

Más tarde introdujóse en la corte de Francia la costumbre de presentar al rey, después de la misa del domingo de Pascua, dos colosales y magníficas pirámides de huevos dorados, que el monarca repartía en el acto entre los más altos servidores de su corte.

Consecuencia de esta costumbre son las *monas* ó roscones con que actualmente se os obsequia, llamadas con más propiedad con la primera denominación por la figura de *mona* que solía darse al principio á la masa de pasta que se adornaba con huevos. Hoy ésta ha variado mucho, privando las cestitas,

Gabriela  
y los  
gusanos de luz





barcos, estrellas, anguilas y demás monerías de pastillaje donde aparecen toda suerte de adornos y decoraciones, menos huevos, quizá porque, contra lo que sucedía antaño, la Cuaresma de hoy se encarga de acabar con todos ellos.

Algunos ven, en las costumbres de Pascua, un origen derivado de los orientales. Estos consideraban el huevo como el símbolo del estado primitivo del mundo y de la creación. Al principio del año, que todavía comienza en varias de aquellas regiones por el equinoccio de la primavera, se celebra una fiesta parecida á la que solemnizamos en algunas naciones cristianas á principios de año.

En esta época se hacen mutuamente presentes, y se envían y regalan, unos á otros, huevos pintados y dorados, como recuerdo y emblema de la renovación de lo creado.

Y como la misma idea debía presidir cuando algunos pueblos europeos principiaban el año por la época en que se celebra la Pascua, de ahí que se pretenda que el origen de regalarses *monas* ó roscas se deriva de los orientales.

Es posible, bien que no seguro, que así fuese; pudiendo admitirse como verosímiles las dos suposiciones que hemos apuntado, ya que, como hijas de la tradición, ni pueden discutirse ni se pueden negar. La leyenda, sin embargo, siempre emana de un principio de verdad, lo cual hace que se imponga por su propia fuerza, sobreviviendo de esta suerte á todas las generaciones y al trascurso de los tiempos.

A. OZORES





## EL AMOR A LA PATRIA

EN su sentido más amplio, llamamos *patria* á la nación en que hemos nacido y á que pertenecemos. Y damos el nombre de *nación* al conjunto de individuos, familias y pueblos que son de una misma raza, y tienen unas mismas leyes y un solo gobierno para todos, hablan el mismo idioma y observan las mismas ó muy semejantes costumbres. En tal concepto, *España* es una nación y la patria de todos los que nos decimos *españoles*.



Un susto

La patria es para cuantos de ella forman parte como una segunda madre; por esto se dice la *madre patria* y nos llamamos *hijos de la patria*.

Pero lo dicho no basta para que los niños tengan una idea completa de lo que es su patria. Explicándoselo á sus discípulos un buen maestro de aldea, les decía, hablándoles el lenguaje del corazón, de este modo:

—La patria, hijos míos, es todo lo que nos rodea, todo este mundo de hechos y de recuerdos, de realidades y de ilusiones, de desengaños y de esperanzas en que vivimos.

La casa en que nacisteis y recibisteis las primeras caricias de vuestros padres; de vuestros abuelos, de vuestros hermanos y de vuestro parientes; ese pueblo en que habéis visto gozosos pasar los primeros días de vuestra infancia; estos campos en que corréis alegres como corrieron vuestros mayores; esos



azulados horizontes en los que veis diariamente nacer y poner el sol; ese cementerio que os está recordando siempre la memoria de vuestros ascendientes; estas aguas y estos bosques y estos caminos; todo ello es la patria.

Es además, la patria, esa figura noble y majestuosa que se presenta á vuestra imaginación cuando pronunciáis ú oís pronunciar el nombre de España, cuando leéis ú oís referir los altos y portentosos hechos, las heroicidades que han llevado á cabo los españoles, y cuando suenan en vuestros oídos los nombres tan gratos para todos nosotros de Sagunto, Numancia, Lepanto,



Un susto

Cádiz, Gerona, Zaragoza y San Marcial, ó los de Viriato, Pelayo, Cisneros, Isabel la Católica, Hernán Cortés, Pizarro, el gran Capitán, Garcilaso de la Vega, Cervantes, Quevedo, Calderón, Lope de Vega, Santa Teresa, Fray Luis de León, el Padre Mariana, Murillo y Velázquez, por ejemplo, entre otros mil que pudiera recordaros y que son otras tantas lumbreras que atestiguan la grandeza de nuestra nación.

Por otra parte, la patria es la que sostiene las casas de caridad y los hospitales en que se socorren las necesidades y desgracias de los menesterosos, así como las escuelas, colegios y universidades que reparten entre nosotros los beneficios de la enseñanza y la civilización; la que nos proporciona los magistrados, agentes y fuerzas públicas que velan por nuestra seguridad y mantienen nuestros derechos; la que atesora las glorias que nos legaron nuestros mayores, y guarda, como en sagrado depósito, las venerandas cenizas de és-



tos; es, en fin, una verdadera familia, pues que realmente no es más que una prolongación del hogar doméstico.—

De las palabras trascritas del buen maestro de aldea, se deduce primeramente el deber que todos tenemos de amar á nuestra patria. Este amor santo y sublime, que es lo que se dice *amor patrio* ó *patriotismo*, ha inspirado en todos los tiempos muchos y hermosos actos de heroísmo y nos impone á todos grandes sacrificios, incluso el de la vida. No olvidéis, queridos lectores, que el patriotismo hace grandes y poderosas á las naciones y fuertes y dignos á los ciudadanos, sobre todo cuando va unido al amor de la libertad.

El que no ama á su patria no puede ser bueno, como no lo es el hijo que no ama á su madre. En la patria vivieron nuestros antepasados, y en ella nacieron nuestros padres y realizamos nuestra vida, y á ella debemos toda clase de beneficios. ¿Qué mucho, pues, que la rindamos el homenaje de nuestro más desinteresado y puro amor? Debemos amarla aun cuando sea ingrata con nosotros y tanto más cuanto más pobre y desgraciada la veamos y cuanto mayores sean sus desdichas é infortunios.

El patriotismo, que es una deuda que desde el nacer contraemos todos para con la madre patria, obliga á muchas cosas que conviene decir á los niños é inculcárselas en sus tiernos corazones, á fin de que, teniéndolas muy presentes cuando sean hombres, puedan portarse como buenos ciudadanos.

En primer lugar, cuando la patria necesite de sus hijos por peligrar su honra ó la integridad de su territorio, todos debemos acudir presurosos á su llamamiento y prestarnos con solicitud á defenderla como lo haríamos con nuestra madre: es este un deber santo é ineludible, por más que nos imponga el mayor de los sacrificios.

Además de la vida, debemos poner á servicio de la patria, y para contribuir á su progreso moral, intelectual y material, cuanto seamos y podamos, es decir, nuestro saber, nuestro trabajo, nuestra inspiración, nuestra virtud y nuestros bienes.

Entre los deberes que impone el patriotismo, figura como de los más imperiosos el de obedecer, respetar y cumplir las leyes, que, como hechas para el bien común, son la garantía del derecho de todos los individuos de una nación. Donde no sucede esto no puede haber reposo ni bienestar y se hallará la sociedad constantemente perturbada, como lo está la casa en que no se cumplen las órdenes del jefe de la familia, y la escuela cuyos alumnos no se someten á la disciplina acordada por el maestro. Las leyes son á la sociedad lo que el régimen disciplinario á la escuela y las órdenes de los padres á las familias.

Por análogas razones precisa obedecer y respetar á las autoridades encargadas de ejecutar las leyes y hacerlas cumplir.

No olvidéis, mis queridos lectores, lo que el maestro de que antes os



El pardillo



he hablado decía á sus discípulos acerca de estos particulares. Hélo aquí:

—Obedecer, respetar y honrar las leyes, á los poderes públicos y á las autoridades, es el camino más seguro que tienen los pueblos para alcanzar la libertad, ser dignos de ella y vivir en paz y bienandanza. El espíritu de rebelión es el que generalmente lleva á las naciones á la miseria, al desorden y al servilismo.—

El amor á la patria impone también á los ciudadanos el deber de contribuir, en la medida de sus recursos, al sostenimiento de los gastos públicos, ó, lo que es lo mismo, pagar los impuestos ó contribuciones que las leyes determinen. El que falta á este deber comete varias acciones malas. En primer lugar deja de satisfacer una deuda contraída por los beneficios que se le proporcionan mediante las fuerzas de mar y tierra, los magistrados, los profesores de diferentes enseñanzas, los empleados públicos y otros servicios de que todos nos aprovechamos, como que para beneficio de todos se establecen. En segundo lugar, desobedecen las leyes, lo que es ya de por sí una falta grave. Y, por último, cuando eluden el pago valiéndose del fraude y la mentira, faltan á la probidad y la verdad.

—Es muy común,—decía á sus discípulos el sencillo y honrado maestro referido,—eludir el pago, en todo ó en parte, de los impuestos ó contribuciones, porque es muy general la errónea creencia de que tratándose de los intereses de la nación, de la provincia y del municipio no se falta á deber alguno con semejante conducta, que yo os aconsejo que jamás imitéis. Nunca que os pidan que declaréis la propiedad de que seáis dueños, faltéis á la verdad: si tenéis, pongo por caso, cien fanegas de tierra de primera clase, no digáis que son cincuenta ó de tercera, como por desgracia hacen muchas personas que se tienen y aun pasan por personas de mucha moralidad y muy cristianas. En ningún caso eludáis, valiéndoos de artificios ó falsedades, pagar á la administración pública aquello á que legalmente estáis obligados. Si todos los ciudadanos la niegan sus recursos, ¿de donde sacaré lo necesario para atender á los gastos que imponen el bienestar y la seguridad de los mismos ciudadanos?—

Algunos otros deberes más tenemos todos para con la patria; pero bien puede asegurarse que quien cumpla los mencionados, llenará fácil y gustosamente los restantes, y de seguro es un buen ciudadano en cuyo pecho arde la santa llama del patriotismo, el cual constituye como la síntesis de todas las virtudes cívicas que deben adornar á los hombres como miembros de una nación: por eso precisa inculcarlas en el corazón de nuestros niños, enseñándoles á amar á la madre patria.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA







Los torraos



## AL ANOCHECER

Ya viene el crepúsculo,  
ya el *Angelus* suena,  
la noche serena  
comienza á surcar:  
la lengua vibrante  
de bronca campana  
entona un hosanna  
llamando al altar.

Ya el sol, que se extingue  
do se alza una cumbre,  
oculta su lumbré  
para otra región:  
por eso resuena,  
con eco sentido,  
el bronco tañido  
del tosco esquilón.

El sol moribundo  
aun vivido baña  
la altiva montaña  
que allá en el confin,  
escueta y sombría  
la abrupta garganta  
sin par se levanta  
del Monte-Jardín.

Su cumbre ciclópea  
de rojo teñida  
parece tendida  
por la inmensidad:  
la sombra se aumenta  
del monte en la falda,  
las tintas de gualda  
veloces se van.

Y sólo en su cumbre,  
con hondo misterio,  
se ve un monasterio  
de tinte feudal:  
sus toscas murallas,  
que altivas se crecen,  
al monje le ofrecen  
mansión terrenal.

Mas todo se acaba,  
el sol extinguido,  
el mundo dormido,  
y errantes los dos:  
el *Angelus* suena  
con mil vibraciones  
y llama á oraciones  
al templo de Dios.

Y visto al crepúsculo  
de tardes serenas,  
se ven sus almenas,  
sin par concepción;  
y sombras fantásticas  
de época ignota  
se ven do la rota  
ciclópea mansión.

Mas cual por conjuro  
se hunde al instante  
el ciclope atlante  
do la oscuridad,  
y hundiéndose triste  
el sol en su alveo  
el monte no veo  
do la inmensidad.

Descanso buscando  
en su casa amiga,  
sintiendo fatiga  
el trabajador,  
el campo abandona  
con rostro risueño,  
rendido de sueño  
el buen labrador.

Ya se oye el lenzuelo  
de bronco sonido,  
y el ronco ladrido,  
feroz, del mastín;  
y el sol que en el cielo  
mil cintas desata  
de gualda escarlata  
allá en el confin.

¡Qué instante más grato,  
qué hora más bella,  
si asoma la estrella  
do el límpido tul!  
¡Qué unción que derrama  
la sombra viniendo  
y lenta invadiendo  
el éter azul!

ALFREDO TABAR

Agosto de 1888.



---

\* NUESTROS GRABADOS \*

---

## LA SILLITA DE LA REINA

Claro está que esto es una manera de hablar, pues maldito lo que tienen esos niños de reyes ni de príncipes; pero el caso es igual: en su pobreza, en su miseria, en su desnudez, late en los corazoncitos el cariño, y el pobrecito se siente tan ufano al ser llevado en brazos de sus hermanos como si hiciera su entrada sobre un palanquín ó bajo palio en fastuosa corte.

## LA REGIÓN DEL SUEÑO

—¿Está muy lejos la región del sueño, de que tantas veces me hablas?—preguntaba una niña á su mamá, que la tenía en brazos.

—Unas veces está lejos y otras se halla cerca, según los tropiezos que se encuentran en el camino. Una muñeca, el perro, el gato, cualquiera cosa que entretenga, puede ser causa de que la distancia aumente, y entonces tardarás en llegar, tanto que algunos días temo que no lo consigas tú, pues para ir allí no hay tren expreso ni vías marcadas.

Y mientras la madre daba tal explicación á su niña, esta quedó dormida profundamente, llegando antes de lo que pensaba á la región del sueño.

## GABRIELA Y LOS GUSANOS DE LUZ

La niña Gabriela había fijado una vez su atención en un gusano de luz cierta noche de verano en que se paseaba por el jardín, y desde entonces nada le entretuvo tanto como aquellos insectos; de modo que iba todos los días al oscurecer á buscar al jardinero para que le acompañara á buscar gusanos de luz. Gabriela quiso llevarse algunos á su cuarto, y los puso en un tiesto que tenía; pero á la mañana siguiente ya no encontró ninguno. Esto la desesperó, pero el jardinero le dijo que aquellos diminutos insectos necesitaban mucha humedad, y que, por lo tanto, era preciso no alejarlos de su elemento, pues de lo contrario rara vez vería su misteriosa luz. Gabriela se dió por convencida, y desde entonces no molestó ya á los insectos.

## UN SUSTO

Ana está con sus hermanitas junto á la puerta del patio para salir á dar un paseo. Cerca de ellas hay tres perros que acaban de cazar una rata y juegan con ella, y al otro lado una gata con sus hijuelos.

De improviso aparece un burro que, con las orejas derechas y ansioso, sin duda, de volver á su cuadra, rebuzna estrepitosamente. Asustadas las niñas, más bien por el ruido que por la presencia del inofensivo cuadrúpedo, echan á correr, y lo mismo hacen los animales; mientras que el burro permanece inmóvil, extrañando seguramente ser causa de aquella perturbación.

## EL PARDILLO

—Dime, precioso pájaro,—decía una niña;—¿dónde están los huevecillos moteados que tenías en tu nido y que yo vi aun no hace dos horas? Ahora han desaparecido. ¿Quién puede habérselos llevado? Ningún chico es capaz de subir á la altura de mi ventana, sin lo cual no podría robártelos, y, por lo tanto, me extraña mucho no verles ya donde siempre.

—Es verdad,—contestó el pájaro, que era un pardillo;—difícil sería para los chicos subir hasta aquí; pero tú hubieras podido muy bien llegar hasta mi tesoro, y por eso he buscado un sitio más seguro para guardarlo. Adiós, niña: vuelvo á mi nido, que ahora está más lejos de las moradas que habita el hombre cruel.

## LOS TORRAOS

¡Hermosa distracción y manjar exquisitísimo el de los granos de mazorca tostados! ¡Delicia de los niños, que pueden darse el gusto de *trabajar* provechosamente, y satisfacción inefable cuando resulta el acierto con que se ha calculado el tiempo necesario para la *operación*!



## IMPACIENCIA

Unos pequeños gorrones piaban inquietos en su nido porque no podían volar aún, y ansiaban recorrer el prado y el bosque y saltar entre los árboles.

—Tened paciencia,—deciales la madre en su lenguaje;—demasiado pronto para el tiempo, y no tardaréis en ver cumplidos vuestros deseos. Tal vez sería mejor para vosotros que los días no trascurriesen tan rápidamente, pues en el prado y en el bosque estaréis expuestos á peligros que no os amenazan aquí. Vuestra vida es ahora feliz: más tarde, cuando yo no pueda protegeros, ¿quién sabe lo que será de vosotros?

---

## LOS GUANTES DE LIMERICK

---

(Continuación)

De vuelta á la tenería, paseóse el Sr. Hill á lo largo del patio, contemplando su casca esparcida, y comenzó á calcular los perjuicios que se le habían ocasionado; hasta que por fin llegó la hora en que suspenden ordinariamente su imperio las pasiones humanas por las necesidades más imperiosas del hambre: la hora de comer. Para ser advertido no tenía necesidad el Sr. Hill de reloj de bolsillo, ni de pared, ni de cuadrante solar: estaba dotado de un apetito tan puntual como exigente; y su mujer, que no podía á veces disimular el malhumor que le causaba verle tan hambriento, le decía:

—En verdad, Sr. Hill, me avergüenzo de veros comer de la manera que lo hacéis. Cuando tengamos convidados os recomiendo que toméis algo antes de poneros á la mesa, porque no le sienta bien á un hombre de regular educación mostrar un apetito ávido y glotón.

El Sr. Hill aprovechó el aviso y tomó la costumbre de ir á dar todos los días una vuelta por la cocina, hubiese ó no convidados en la casa, comiendo un pedazo de asado ó de cocido media hora antes de ponerse á la mesa.

Aquel día, mientras estaba ocupado en despachar una tajada de asado según su costumbre, oyó á la cocinera y á la doncella que hablaban de un admirable decidor de la buenaventura á quien la doncella acababa de consultar. Aquel decidor de buenaventura era nada menos que el rey de los gitanos, el cual tenía su corte en medio de un bosque próximo á la ciudad, donde iban á consultarle todas las criadas. Y aun se decía, por lo bajo, que era visitado secretamente por personajes cuya educación estaba por encima de aquellas truhanerías.

Nuestro presidente oyó dar en la cocina innumerables pruebas de la ciencia maravillosa de aquel hombre admirable; y mientras que el Sr. Hill comía una tajada de asado con su gravedad habitual, acariciaba grandes proyectos en su ánimo. La Sra. Hill, durante la comida, notó muchas veces, con sorpresa, que su marido dejaba su cuchillo y su tenedor sobre la mesa para meditar á sus anchas.

—Pero ¡Dios mío, Sr. Hill! ¿qué os pasa hoy? ¿En qué estáis pensando que no os acordáis de lo que tenéis en el plato?

—Señora Hill,—replicó el presidente, pensativo,—nuestra madre Eva pecó por demasiado curiosa, y ya sabemos todos que eso no conduce á nada bueno. A su debido tiempo conoceréis lo que forma el objeto de mis meditaciones, pero no ha llegado el momento todavía. No tratéis, pues, ora con pre-



guntas, ora con otros medios, de hacerme cantar. Pienso lo que pienso, digo lo que digo, sé lo que sé. He ahí todo cuanto me es permitido deciros por ahora: únicamente, te lo repito una vez más, harás perfectamente, mi querida Febea, en no ponerte los guantes de Limerick. Yo sé lo que sé. Todo pasará como yo he dicho.

El Sr. Hill dió fin á su comida con este discurso solemne. Sentóse en un sillón para descabezar un sueño, como de costumbre, y no soñó sino con catedrales que volaban por el aire y con cortezas de encina que flotaban por el agua. Vió poner fuego á la catedral por un hombre enguantado con un par de guantes de Limerick. Después su corteza de encina se cambió en tajadas de carnero á la parrilla, hacia las cuales se puso á correr su perro de caza. Iba á pegarle á éste por haberse comido la corteza trasformada en tajadas de car-



Impaciencia

nero, cuando el perro se convirtió súbitamente en Bampfylde, el rey de los gitanos. El brujo puso en la mano del Sr. Hill un látigo con puño de plata, y le mandó por tres veces, con una voz tan fuerte como la de un pregonero, que diese de latigazos á O'Neill en medio del mercado de Hereford; y al irse á poner á la ventana para gozar de aquel espectáculo, cayósele el peluquín y nuestro presidente despertó.

Aquel sueño hizo inútil la sagacidad del Sr. Hill, que tenía siempre el talento de sacar de sus sueños consecuencias propias para influir en sus determinaciones cuando despertaba. Antes de dormirse había resuelto consultar al rey de los gitanos en ausencia de su abogado. Su sueño no hizo más que confirmarle en tan prudente determinación.—Bampfylde,—pensaba,—me enterará ciertamente de quién ha hecho un boquete bajo la catedral, quién ha derribado mi corteza de encina, y podré entonces demandar á Brian O'Neill sin esperar á que les dé la gana á los abogados. Quiero seguir mi propia inclinación en esta circunstancia: siempre me ha parecido que es lo mejor que podía hacer.

Cuando se hubo puesto el sol, nuestro grave personaje se encaminó al bosque al objeto de consultar al brujo. Bampfylde II, rey de los gitanos, habitaba una especie de choza hecha de ramaje. El presidente se bajó para entrar en aquel frágil palacio. Pero, en tanto tenía su cuerpo doblado en dos, se le enzarzó su peluca en una rama. La mujer del rey acudió en su auxilio y le sacó de aquella situación ridícula. Entonces pudo contemplar á la luz del hogar la augusta persona de su majestad gitanesca, á la cual aquella luz dudosa



fué tan favorable que el alma de nuestro cuerdo presidente se estremeció de respeto. A su aspecto olvidó la catedral de Hereford, las pilas de corteza de encina y los guantes de Limerick, y permaneció algunos minutos sin hablar. Durante aquel tiempo la reina había desembarazado sus bolsillos de todos los objetos superfluos. Cuando volvió en sí formuló las preguntas siguientes con gran solemnidad, y obtuvo las respuestas que trascribimos fielmente:

—¿Conocéis á un peligroso irlandés llamado Brian O'Neill que ha venido, por razones que sólo él conoce, á establecerse en Hereford?

—Sí: le conocemos perfectamente.

—¿De veras? Y ¿qué sabéis de su cuenta?

—Que es un peligroso irlandés.



Impaciencia

—¡Tenéis razón! ¿Es él ó bien es otro el que ha derribado ó ha hecho derribar un montón de casca en mi patio?

—Es él.

—Y ¿quién es el que se me ha llevado mi perro de caza?

—El sujeto de quien sospecháis.

—Y ¿quién es el que ha practicado un boquete bajo los cimientos de nuestra catedral?

—El mismo, y no otro.

—Y ¿con qué objeto ha practicado ese agujero?

—Eso es lo que no puedo revelar,—replicó el rey de los gitanos haciendo un signo de cabeza misterioso.

—Pero ¿podríais decírmelo á mí, á mí que lo he descubierto, á mí que soy el presidente de la obra?

—Legítimo es tu temor,  
¡oh presidente prudente!  
¡Salva hábil y diligente  
la catedral de Hereford!

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.